

Ellas escriben

(exploran,
imaginan,
se atreven)

SELECCIÓN DE **KATHY SERRANO**

Ellas escriben
(exploran, imaginan, se atreven)

Selección de Kathy Serrano



Petroperú SA
Ellas escriben (exploran, imaginan, se atreven)
Selección de Kathy Serrano
Lima, Petróleos del Perú, 2021, 70 pp., 14,5 x 20,5 cm
Primera edición, noviembre de 2021

© Petróleos del Perú-Petroperú SA
Gerencia de Comunicaciones y Gestión Cultural
Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú
www.petroperu.com.pe
cope@petroperu.com.pe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC
Imagen de portada: Shutterstock.com/Cute Designs Studio

Este libro es una muestra del laboratorio de narrativa *Ellas Escriben* dictado por Kathy Serrano en marzo (primer grupo) y septiembre (segundo grupo) de 2021, organizado por el Centro Cultural Petroperú.

Publicado virtualmente en Lima, Perú, en noviembre de 2021

Índice

Presentación	7
Incertidumbre DOYLITH MALÚ CABEZAS AVELLANEDA	11
Sopa de casa NORMA YURIÉ ORDÓÑEZ	13
Devoción TANIA HUERTA	15
Un pequeño cambio CECILIA RECHKEMMER	17
La casa de la bisabuela MITZAR BROWN ABRISQUETA	21
¿Una duda razonable? MIRZA PATRICIA MENDOZA CERNA	27
Empatía ANDREA SOFÍA JARA HERNANDO	29
Nuestra forma final SOPHIA GÓMEZ CARDEÑA	31

Trabajo exprés ELIANA SOZA MARTÍNEZ	35
Ha vuelto CLAUDIA CÁCERES FRANCO	39
Vida de muñeca GISELA ELIZABETH PÉREZ MANTARI	41
La sal de la vida EDELMIRA CASTILLO	43
NN MARY HERRERA NAVARRO	45
Flotamos MARÍA PIZARRO ROMERO	47
Su lugar ARASNY CASTILLO	49
Panceta y papas al horno rellenas de queso... REBECA GUERRERO PARDO	51
Desencuentro CARMEN CECILIA SACSÁ FERNÁNDEZ	55
Mala hora KATY ROSELL CARRIÓN	59
La gran construcción JULIA CONCEPCIÓN LALUPÚ MIRANDA	61
Calixta MARGOT OROZCO DELGADO	65

Presentación

Escribir siempre ha sido parte de la vida de las mujeres. Puede que muchas, en el transcurso de la historia, hayan tenido que hacerlo a escondidas o con seudónimos masculinos, hayan sido encerradas en instituciones mentales, en habitaciones aisladas o alejadas de sus familias, y sus obras, borradas o robadas por otros, pero nunca dejaron de escribir. Las mujeres siempre han escrito. En la actualidad, las cosas han mejorado, pero falta muchísimo por hacer. Para nadie es un secreto las diferencias abismales en la participación de mujeres en concursos, convocatorias y publicaciones literarias en el Perú. Las razones son milenarias. Justamente por estos motivos que aún no logramos erradicar, es que necesitamos trabajar para brindar herramientas y espacios creativos para el desarrollo de la escritura a tantas mujeres que desean escribir, pero que no encuentran las condiciones para hacerlo por circunstancias sociales, económicas o familiares.

Como respuesta a esta necesidad latente, Petroperú, en su constante compromiso con el desarrollo cultural y artístico del país, dio un paso importante: abrió un espacio para acoger la propuesta del laboratorio de narrativa Ellas Escriben, que tuve oportunidad de llevar adelante durante marzo con un primer grupo y en septiembre con un segundo grupo. Un taller totalmente práctico en el que buscamos ofrecer a ciento

tres mujeres peruanas y extranjeras un lugar para explorar su propia escritura, un espacio de diálogo estimulante, seguro y creativo, para incentivar la escritura y reforzar la confianza en las capacidades y los proyectos propios. Un entorno en el que tuvimos la visita virtual de una excelente e interesantísima escritora mexicana, Cecilia Eudave, que, generosa, conversó con las participantes y compartió su experiencia literaria.

Mujeres que se conectaron a una misma hora y día desde Huancayo, Tarma, Pucallpa, Lima, Piura, Talara, Cusco, Huánuco, Puno, Ica, Cajamarca, Arequipa, Chimbote, Huaral, Chiclayo, Tacna, Juliaca, Iquitos, Venezuela, Guatemala, Bolivia y Canadá. Mujeres que en cada sesión experimentaron con múltiples y diversos impulsos creativos, lúdicos, que sirvieron como arrancadores para su escritura en clase. Mujeres que, en cada sesión, estuvieron dispuestas a jugar, experimentar, probar y compartir.

Ellas exploraron, imaginaron y se atrevieron, y enviaron sus cuentos y microrrelatos, que alcanzaron un aproximado de ochocientos textos. A partir del material recibido, se llevó a cabo una selección de aquellos relatos que lograron un mayor avance. La cantidad de textos seleccionados superó con creces lo que era posible editar. Nos hemos visto en la obligación de llevar a cabo una selección más ajustada. Ese conjunto de textos constituye una pequeña muestra de lo escrito y son los que presentamos en el presente volumen.

Creo que todos los relatos están en un feliz proceso que tomará tiempo y trabajo arduo. Cada uno de los relatos escritos durante el laboratorio es una semilla que irá creciendo, desarrollando y perfeccionándose tanto con el tiempo como con la dedicación de cada una de las escritoras participantes. Cada relato podrá crecer, reducirse, transformarse. Lo

importante es que surgieron, lo vital es que se produjeron y que ahora cada una de las participantes tiene un conjunto de cuentos semilla para seguir trabajando. Mi esperanza es que no se detengan y que cada una siga apostando por desarrollar su escritura, por defender su habitación propia.

Agradezco el trabajo y las iniciativas de Petroperú. Espero que nuevos espacios como este puedan abrirse en un futuro. Este libro representa a todas las mujeres que participaron, aunque solo figuren las seleccionadas. Insisto en seguir trabajando para que cada texto logre su perfección. Por lo pronto, espero que disfruten cada uno de estos relatos y del abanico creativo que representan.

Kathy Serrano

Lima, 24 de noviembre de 2021

Incertidumbre *por Doylith Malú Cabezas Avellaneda*

El lenguaje no había sido diseñado para nosotros; él y yo éramos más de cuerpo, de sonidos, de crujir de huesos. Fuera de la alcoba todo era silencio. Hasta que un día me invitó a salir. Paso por ti a las siete, me dijo, y yo asentí con una risa nerviosa que dudo que percibiera por el auricular. Para la hora pactada quedaba todavía algo de tiempo. Así que me alisté como siempre, solo que, en lugar de elegir entre una lencería y otra, me detuve frente al librero, en busca de palabras. Yo, mujer de números, no sabía comunicarme. Hablaba, sí, y mucho, pero sin decir algo en particular. Lo mío era la mecánica de las cosas, del cuerpo; no había leído ninguno de los libros que tenía frente a mí, todos de literatura, todos heredados de mi madre. Mi índice derecho acarició cada lomo, escudriñando, indagando, como él lo hacía conmigo, con un roce suave, casi imperceptible, de arriba abajo.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que lanzarnos a explorar más allá de nuestro ritual? ¿Acaso se había cansado de explorarme? ¿De ser explorado? Me sentí marchita. Tomé un libro al azar. La letra de mamá lo cubría todo, cada margen, cada página, cada espacio entre una línea y otra. Mi madre, a la que siempre reproché su pasividad y silencio, había ocultado, en aquellos libros, su enojo, su ira, pero también sus pasiones y gozos, y el nombre de un gran amor que, no me sorprendió,

no era el de mi padre. Leí con ferocidad, con hambre, con sed, hasta entenderla y verme reflejada en ella, en su sentir. Descubrí que, como yo, se había sentido sola, incapaz de hacer contacto con el otro, salvo con su piel. Ni mi padre ni ese otro hombre habían logrado penetrar en ella. Había sido feliz sola, con sus palabras. De pronto, sonó el timbre.

Sopa de casa
por Norma Yurié Ordóñez

Primero, le hablo de su madre y de la cocina casera.

Por la ventana, indago si existen verduras en el huerto. Le ofrezco una sopa para atenuar el frío de aquel lugar montañoso. Pongo a hervir agua y agrego sal. Luego, añado las verduras picadas y dejo cocinar por unos minutos.

Por último, sirvo la sopa mezclada con los somníferos que me dosificaba. Espero que haga efecto y corro hacia la carretera.

Devoción *por Tania Huerta*

Es una casa de luto. Nunca imaginé que estas paredes, que nos cobijaban cuando niñas, pudieran sentir tanto dolor. Más o igual al mío. El recubrimiento de madera que enchapa los muros está enmohecido del llanto y las perillas de las puertas ya no funcionan por el óxido entre sus engranajes dorados. Los balcones tienen la mirada a medio caer, como los ojos de una mujer coqueta. El sufrimiento no los deja abrirse, impide el paso de la luz como en años anteriores, que con su halo luminoso nos envolvía entre juegos.

Ya no, ya no, Esther. Ahora esta casa sufre tu partida prematura. Me cierra las puertas por donde quiero pasar, como culpándome de tu ausencia. Tengo que rogarle para entrar en cada estancia, para llegar a mi dormitorio y dormir. Hasta la cama se ha puesto incómoda, dura. Rechaza mi cuerpo, echándolo a un lado. Es el piso que se contonea como olas de mar embravecido y no permite un descanso placentero.

La casa solloza tu falta en sus paredes, en las marcas de humedad donde se delinea tu rostro acusador. Tus ojos que me señalan como la culpable de algún crimen, y la casa te ayuda, recordándomelo.

En sus muros, las manchas de moho dibujan la historia de aquel día fatídico, los hechos que nunca debieron ocurrir.

Yo era una niña también.

¿Qué culpa tengo yo de que mamá te quisiera más a ti, de que me dejara de lado apenas naciste? ¿Qué culpa tengo de sus caricias para ti y su rechazo hacia mí? ¿Qué culpa puedo tener de su amor hacia ti?

Y la casa, la casa siempre ayudando. Rodeándote con sus cortinas, deteniéndote con sus clavos en tus manos, en tus pies, como una pequeña Cristo. Y mi madre en devoción, arrodillada ante ti, acariciando tus pies sangrantes, tus pierrecitas dobladas.

«Mi virgen», te decía. «Mi niña, mi santa, mi ángel», murmuraba mientras besaba tu cuerpo núbil, desnudo, prisionero en esa cruz que la casa formaba con el marco de la puerta que se movía lentamente haciendo crujir sus maderos al cruzarlos.

¿Qué podría hacer yo si no agradecer ser ignorada ahora y ya no sentir en mí el amor de mi madre? Ese amor pegajoso y húmedo que dejaba su lengua en mi cuerpo. Mi única culpa fue dejar que te quisiera.

Un pequeño cambio *por Cecilia Rechkemmer*

Las campanas suenan. Dentro de poco será el mediodía en el pueblo y las familias pronto nos veremos como cada domingo en la iglesia de la plaza. A mí me encantan los domingos. Es día de fiesta acá, mis papás me permiten ponerme mi mejor vestido, los zapatos de charol, mis medias cubanas que me trajeron de la capital, me peinan bonito y puedo ponerme esa colonia que tengo que cuidar para que me dure todo el año.

He corrido para ayudar al padre Horacio a dar las doce campanadas aquí en la torre, como siempre. Luego él baja a preparar la iglesia y yo me quedo un ratito mirando el cielo. Sobre mí está la campana gigante, sostenida por una gran viga que va de lado a lado. Más arriba no hay techo. Desde que la torre se cayó con el último temblor se quedó así y puedo ver el cielo serrano azulísimo. Precioso.

Mamá me busca. ¡Adelina!, escucho que grita. Es que vivimos justo en la calle de al lado. Uy, entonces recuerdo que salí antes de hacerme las trenzas. Me encanta estar acá mirando. A veces me he pasado horas en la torre contemplando el cielo y desde la esquinita espionando la plaza del pueblo. No crean que ando escondida ¿ah? Nomás me gusta ver a la gente y lo que hace, y nadie levanta la cabeza al caminar, por eso no me ven hasta aquí arriba. Hay tardes que vengo después de mis clases a tirarme al suelo a descansar un ratito. A veces

veo al padre Horacio salir de la iglesia apurado, a dónde irá sin su sotana.

El otro día me quedé un poco más, le avisé a mi mamá y me vine a terminar mi tarea aquí. Ya casi oscurecía y, antes de irme, vi a la Magdalena caminar de la mano con el Juan, y justo aquí, debajo del portal de la iglesia, se dieron un beso. ¡Qué tal beso! Ahí siempre es más oscuro. De día la entrada de la iglesia le da su propia sombra, pero igual se ve todo y siempre es bien tranquilo. En cambio, cuando empieza a oscurecer, el poste de luz del costado deja justo esa esquina de la entrada en completa oscuridad, aunque yo sí veo desde aquí arriba. Él le cogió la teta. Así que me escondí para que no me vieran. La arrimó contra la pared mientras le hablaba al oído —nada pude oír—, mientras que ella se resbalaba como un helado derritiéndose bajo el sol, aunque nunca llegó al piso. Sus caras no se despegaban. Sus bocas tampoco. A mí me parecía que se volvían una sola. Entonces, de un momento a otro, todo lo demás dejó de existir, solo los veía a ellos dos, como en una película en pantalla gigante y en primera fila. Lo único que faltaba era la canchita. Yo escuchaba su respiración, o era la mía, ya no lo sé. Parecía que estaban aquí cerquita, pero no, se encontraban allí abajo. Ya estaba oscureciendo y yo me tenía que ir a casa. Pero al verlos así tan cerca sentí que ya no estábamos en la iglesia ni en el pueblo, sino en la selva, y había mucho calor y todo estaba muy húmedo. Algo revoloteaba entre las hojas de los árboles, pero no se veía nada. Había aves que silbaban y rugidos y silencios y luego todo empezaba de nuevo. Yo ya no quería mirar, me daba miedo de que un tigre saltara desde algún lugar y me tragara por quedarme allí hasta tan tarde. Entonces empezó a llover y de pronto escuché la voz de mi madre: ¡Adelinaaaaa! ¡Dónde

te has metido! Se me pararon los pelos. La lluvia paró. Ahí sí la tigresa de verdad iba a venir si no salía en ese instante. Ellos también la escucharon. Todos conocían a doña Amparo, y si me llamaba a gritos, era fijo que iba a salir a buscarme. Así que rapidito salieron de la sombra y se perdieron doblando la calle. Yo bajé volando y, al llegar a la esquina, me encontré con mi madre. Mientras me jalaba del brazo hacia la casa, me preguntaba por qué estaba toda empapada, y yo le dije que acaba de llover rapidito, que si no se había dado cuenta. Y mientras ella miraba al cielo, y extendía el brazo un poco desconcertada, yo entré en la casa volando.

Ahora me doy cuenta de que algo ha cambiado en el pueblo. Hoy le diré a mi madre que ya no me haré trenzas, hoy lo dejaré suelto. Miro hacia la plaza, y veo a la gente que camina y, de pronto, me saluda. Parece que ya no miran solo al suelo o al frente, ahora también miran aquí arriba.

La casa de la bisabuela
por Mitzar Brown Abrisqueta

Llegamos en horas de la noche. Nuestra visita estaba anunciada desde hacía una semana. Advertidas sobre la extraña ama de llaves, recelábamos un poco. Pero nuestra necesidad de recorrer la casa, tocar sus enseres, olerla, era más fuerte que cualquier reparo. En el pasado, mamá nos había contado sobre el amor no correspondido de Preclara hacia nuestro padre. Él y mamá se amaron desde niños. Cuando quince años después de la boda, papá murió, mamá volvió sola para una breve visita, llevada por la añoranza. Nosotras nos quedamos en la ciudad. Estábamos al cuidado de nuestra única tía paterna cuando recibimos la noticia.

Golpeamos tímidamente la pesada puerta con nuestros nudillos. La mayor de nosotras, siempre tan resuelta, nos hizo a un lado y alzó con aplomo la aldaba de bronce en forma de mano. Dio con ella sobre el pomo hasta tres veces. Fue suficiente. En un minuto, la puerta, por lo contrario de lo que yo esperaba, se abrió sin crujiir. Suspiré. Y ahí estaba, tan pálida y seria como nos la había descrito mamá. Pero qué más, era su obligación atendernos. Entramos sin que nos invitara, como dueñas. Su explicación fue rápida:

—Hoy no cuento con personal de servicio. Tendrán que subir sus equipajes ustedes mismas. Síganme.

Subimos detrás de ella. Nunca supimos quién cerró la

puerta porque ella no lo hizo ni nosotras, pero cuando volteamos a mirar desde la escalera, atraídas por el golpe, estaba cerrada. Nos mostró la habitación con las cuatro camas. Le habíamos solicitado compartir un solo dormitorio. Era evidente que había tenido que agregar dos camas que no pertenecían al mobiliario de esa habitación. Estas descansaban sobre pesadas tarimas y aún tenían las columnas de lo que alguna vez fueron doseles. La menor de nosotras lanzó su sombrero a una de las columnas de la que creyó sería su cama. Preclara la miró con furia, pero nuestra hermana ya se había hartado de su falta de cordialidad. La mujer nos advirtió que en una hora serviría la cena, que disponíamos de agua caliente solo muy temprano en el único baño de ese piso.

Cuando Preclara salió de la habitación, nos miramos. La menor habló. «¿Ya vieron las muñecas?». Todas asentimos. En cada cama descansaba una muñeca sobre los almohadones. Todas vestidas tal como aparecemos nosotras en la única foto de niñas al lado de nuestra madre. Los mismos trajes de terciopelo azul, con un discreto encaje en las pecheras, los zapatos de charol y medias cubanas blancas. Las muñecas eran iguales entre sí, pero se diferenciaban en sus cabellos. Una era rubia, lacia y con el pelo suelto; la otra, castaña y con rulos hasta la cintura. La tercera tenía los cabellos negros y cortos, ligeramente ondulados. La última llevaba la cabellera larga en una sola trenza oscura y un flequillo hasta la nariz. Fue la que me tocó a mí. Nos miramos, éramos así. Nos echamos a temblar.

Esa foto de nosotras vestidas de azul reposaba en un marco de plata sobre la cómoda tallada, con patas de garra de león y tiradores de bronce. Al lado del marco, un diario amarillento nos recordaba la fecha de cuando murió mamá, con

la foto del accidente durante aquella visita. Preclara se había tomado el tiempo para esos detalles. A mí me parecían macabros, pero viniendo de un ser tan dramático podían esperarse como su mejor muestra de recibimiento y hospitalidad.

Cenamos en silencio un estofado de gallina sabroso que, según nos dijo ella, había dejado listo la cocinera. Fue la única sensación buena desde nuestra llegada. La mayor recordó que ese era el plato favorito de papá. Lo dijo en voz alta. Nos pareció insólita la complacencia de la mujer ante el cumplimiento de nuestra hermana. Era incómodo estar bajo su mirada. Nos inquietaba saber si nos dejaría solas en algún momento.

—Queremos conocer el resto de la casa. A eso hemos venido —me animé a decirle.

—Mañana le daré instrucciones a Leandro para que las lleve a mirarlo todo. Todo lo que deseen —enfaticó en tono burlón—. Por ahora, si desean, pueden oír música en la radio del dormitorio. Hay dos buenas estaciones hasta la medianoche. Yo me retiraré en cuanto acaben.

Apuramos la cena en silencio. No nos permitió recoger la mesa. Subimos al dormitorio.

—Creo que esa mujer está muerta. ¿Vieron su color? No es normal ni lo es su actitud tan agria —dijo la segunda que hasta el momento se había limitado a observar—. Y estas horribles muñecas —gritó señalando las camas— y la foto y el diario, qué cosa quiere, o está muerta o está loca. Ni siquiera sabemos dónde está el teléfono. Cómo pediremos ayuda. Ha despachado al personal de servicio. ¿Quién se queda sin personal justo cuando llega visita? ¿Qué hace con los dineros que recibe de la familia? Debemos irnos.

—Tranquila, por favor —le dije, aunque muy asustada—. Vamos a esperar a que se duerma, luego buscamos el teléfono,

debe de estar en la entrada. Pediremos un servicio de taxi y nos iremos sin avisar.

Estuvimos de acuerdo.

Dejamos la habitación cuando creímos que ella dormía, en la suposición de que estaba en este mundo, pues, por más que le recordamos a nuestra hermana el rico estofado y la casa limpia, no entendió. Nos pasó su temor. Nos había convenido de que la mujer era una muerta en pena, que por eso no había nadie más en toda la casa. Bajamos en silencio con nuestros maletines, descalzas para no hacer ruido. Encontramos el teléfono enorme sobre la consola de la entrada. También vimos en el piso una gran cantidad de cartas sin recoger, sobres del municipio, de las empresas de servicio, del juzgado y otros. No las habíamos notado al llegar. La mayor marcó el número de la agencia que nos había hecho el servicio esa tarde. El disco del teléfono se escuchaba fuerte en el silencio de la noche. Temblábamos. Nuestra hermana explicó que se trataba de una emergencia. Un hombre dijo que tardaría media hora en llegar. Sentimos una corriente de aire. Vimos que la puerta se había abierto por sí sola como si tuviera vida. Salimos. Asustadas, sin atrevernos a caminar, nos sentamos en las gradas a esperar. Desde ahí nuestra hermana menor miró hacia las ventanas de la derecha, donde suponíamos que estaban las habitaciones del personal. Creyó ver una luz tenue. Temblaba. También nosotras.

El taxi llegó, era un carro negro con tres filas de asientos. No quisimos separarnos. El hombre puso nuestros maletines en la canastilla del techo. Las cuatro nos acomodamos en el asiento del medio. Mientras el auto avanzaba, miramos por última vez la casa de nuestra bisabuela. Vimos cómo los arbustos del rededor estaban resecos, la entrada llena de hojas

secas, la puerta y las ventanas tapeadas. Nos horrorizamos. El carro fue aumentando la velocidad. Iba a pedirle al chofer que condujera con cuidado, que todo estaba muy oscuro. Mi hermana mayor me contuvo, era mejor alejarnos cuanto antes. Unas risas desde la parte posterior del auto nos llenaron de escalofríos. Volteamos. Las cuatro muñecas vestidas de azul estaban en el asiento posterior, con sus miradas sobre cada una de nosotras, despeinadas, locas. Una de ellas nos mostraba las páginas amarillentas del diario con la fotografía del auto volcado de mamá. Gritamos. Nos desbarrancamos.

¿Una duda razonable?
por Mirza Patricia Mendoza Cerna

Me envió una foto de su maleta. No tenía mucho para traer. La separación de mi cuñado —o debería decir excuñado— la encontró en medio de una crisis de edad. Mi madre, como siempre, me llamó para ponerse de su parte. El camino de Londres al lugar donde estoy no es muy largo. Ella dejaba atrás su pacífica vida junto al que fuese su marido por quince años. Venía hacia mí con el corazón roto. Ese que la orilló a romper todos los vasos y tazas del que fuera su hogar. «El desgraciado tendrá que tomar sus bebidas en platos hondos», me dijo antes de tomar el tren. «Más no puedo hacer, hermana». Cuando estuvo en mi pequeño departamento, me confesó que no solo destruyó los vasos y tazas. La silla Luis XV, la favorita de mi excuñado, la hizo rodar por las escaleras, además intentó quemarla y no pudo, solo se chamuscó un poco. «Esas son venganzas infantiles, Malú. Lo mejor que puedes hacer es salir con muchos hombres, sacarte fotos súper regias y postearlas en las redes sociales. Si quieres te puedo prestar algunas prendas. En esa maleta no llevas más que calzones de vieja y nosotras recién cumplimos cuarenta». ¡Para qué le di ideas! Han pasado varios meses desde que vivimos juntas y todo mi guardarropa está estropeado. A ella la veo feliz. Mi excuñado arrepentido me pide que hable con ella para que regrese a Londres. Lo estoy pensando.

Empatía

por Andrea Sofía Jara Hernando

Lo que me gusta del balcón con vista al parque es poder perderme en lo que sea que esté pasando allá abajo. Cada vez que me he asomado al borde, alguien ha logrado captar mi atención y alejarme, sin saberlo, de esta incontrolable atracción por el abismo. Postergo el accidente un día más. Ahora mismo, una mujer de unos treinta años patina. Cuento sus caídas, tomo el tiempo que le demora volver a ponerse de pie, aguanto la respiración cuando se acerca a las grietas, y celebro en silencio cuando logra esquivarlas y continuar su camino.

Al cabo de un rato le sangran las rodillas y los codos. Yo también puedo, producto de una extraña empatía, sentir el ardor, la tierra metiéndose en las heridas, la sangre amontonándose morada y verde bajo la piel. Pero ella continúa como si no sintiera dolor alguno. Va tomando más y más velocidad en cada vuelta como un avión preparándose para despegar. La situación es tan intensa que no me parece descabellado pensar que realmente va a suceder. Que en cualquier momento separará sus ruedas del suelo y la verá elevarse hasta mi balcón. Entonces nos miraremos y sabré que es el momento. Nos detendremos por un instante en el aire, y luego, la gravedad hará su trabajo conmigo.

Pero de pronto se detiene. Baja la velocidad y gira el rostro hacia arriba. Me ha descubierto observándola a punto de

alzar vuelo y nuestros planes han cambiado para siempre. Producto de una extraña empatía, parece sentir también mi incontrolable atracción, y no hay nada que yo pueda hacer desde aquí arriba para detenerla, para decirle que ese dolor es mío y que el suyo es otro, el de las rodillas y los codos y la tierra bajo las heridas. Devuelve su mirada al suelo, se asoma al borde de la vereda y se asegura de que vengan autos. Aguanto la respiración. El accidente es impostergable.

Nuestra forma final
por Sophia Gómez Cardaña

Las palmas de sus manos eran tibias. Fue lo primero que supe de él. Lo primero que supe de mí fue el color de mis ojos: círculos negros, repasados con un trazo afilado, que me daban una mirada de tristeza y locura. El punto blanco en el centro de cada esfera buscaba darle vitalidad a mi mirada, pero esto lo sabría luego. Al inicio, ese vacío me desorientaba.

Dedicó mucho tiempo a mis ojos. Luego, a los párpados. La presión del lápiz era suave, de una brevedad ajena a la que conocía. Siguió con unos trazos finísimos, casi imperceptibles, para crear el relieve de una piel y la ilusión de pestañas. Cuando terminó, me miró con esas esferas suyas, de un marrón tan oscuro que se asemejaban a las mías, y pareció satisfecho. Esa noche, aprendí a dormir.

En la mañana, abrí los ojos antes de sentir el calor de sus manos sobre mi superficie. Estaba impaciente. Las hojas que me antecedían, ahora podía verlo, eran un paraíso de formas. Me alegraba ya no ser anónima y albergar sobre mí la promesa de un ser. Quería más de esa sensación de nacer en cada línea.

Supe que él había llegado al sentir que las páginas que me cubrían iban perdiendo peso. Me estaba buscando. Cuando llegó, posó sus ojos sobre mí, calculando por dónde seguir. La punta del lápiz, más fina que ayer, marcó al lado de mis ojos

dos formas que no pude ver. Me impactó saber que mis ojos no servían para reconocermé. Pero hubo una sorpresa mayor: un movimiento nuevo, ajeno a mi mirada, me golpeaba. El mundo vibraba, informando que había otras formas —unas que yo no podía ver— que existían. Él también pertenecía a ese mundo, produciendo un ruido constante y característico: la cadencia de su voz.

La vista dejó de interesarme. Escuchar, en cambio, pasó a ser el centro de mi mundo. Nada podía ser mejor que eso. Aprendí cómo se oían las letras que él había trazado en hojas previas. Le di un sentido sonoro a mi pensamiento. Él no dejaba de hablarme, mientras sus manos se movían —ágiles algunas veces, lentas otras— por todo mi territorio. Sus palabras caían sobre mí, de una forma más cálida que la luz del día. Así fue como supe que yo era un retrato y que un retrato era la imagen de alguien.

Conocí algo más. Le decían Bangkok. Bangkok, apaga la luz. Bangkok, baja a almorzar. Bangkok, suficiente por hoy. Ese es mi nombre, me dijo como alertándome ante la rareza de esa palabra producida por una voz lejana. Una voz que nunca estuvo acompañada de una forma. Bangkok reaccionaba en silencio, con un movimiento de mentón que capturaba toda mi atención, pero que después me pareció de una ligereza asombrosa. Las cosas se maximizan cuando hay pocas formas de conocer el mundo.

Cuando creó mis labios, me sorprendió la inutilidad: a diferencia de los ojos y las orejas, no podía captar información alguna con estos. Aun así, me veía más completo. Bangkok no dejaba de repetírmelo. Yo no podía preguntarle qué significaba eso, pero en sus ojos marrones apareció un brillo blanco y comprendí que estar completo era bueno.

Después de los labios, pasaron algunos días sin verlo. Escuchaba su voz cerca y la otra voz, la que lo llamaba cada tanto, aún más cerca. A veces Bangkok se dirigía a mí —lo sabía por el tono de voz secreto con el que me hablaba—, diciendo que estábamos cerca, que faltaba poco. Mis ojos no servían con la libreta cerrada. Tampoco eran útiles mi cabello, mi nariz o mi cuello. Menos la sombra que daba profundidad a mis facciones.

La monotonía se rompió en un instante impreciso. De tanto tiempo quieto, había olvidado mi manera original de conocer el mundo: la posibilidad de registrar movimiento. Eso fue lo que sentí, pero era uno distinto: no alivió el peso que me oprimía ni terminó en la mirada de Bangkok sobre mí. Podía escucharlo, sí, pero no lo veía. Él decía: «dámelo». La voz de siempre le respondía: «Bangkok, ¿qué es esto?». Repitieron estas palabras un rato más. Mi atención fue interrumpida por un nuevo estímulo: una sensación de humedad, diferente a la del sudor de sus manos. Las páginas de la libreta se tornaron asfixiantes. La voz de Bangkok se fue apagando. Mis ojos se hicieron blandos. Los trazos que me formaban perdieron fuerza y adquirí una levedad muy parecida a mi estado anterior: el de hoja vacía.

En el momento previo a desaparecer, caí en cuenta de mi error. Desde que Bangkok había colocado la punta del lápiz sobre mí, lo que más había temido era retornar al anonimato que compartían el resto de hojas: el de la ausencia de interés que producen los dibujos terminados. No sabía, no tenía cómo saberlo, que había algo mucho peor: dejar de existir sin saber cuál hubiera sido nuestra forma final.

Trabajo exprés *por Eliana Soza Martínez*

Cuidar la casa de unos extraños no estaba en mis planes ese año, pero fue el único trabajo que encontré y gracias a la recomendación de una amiga. Debo admitir que vigilar la residencia de una familia rica, que tenía todas las comodidades que te puedes imaginar, no parecía tan malo. Solo sería un fin de semana y pagarían muy bien. Además del lugar, debía alimentar a su gato, un ejemplar de esos que no tienen pelos y parecen extraterrestres; cuando lo vi rondando por las habitaciones, me asusté. Luego, al escuchar su comida, se acercó y lo pude acariciar, su piel era suave y cálida. Nos hicimos amigas de inmediato.

Decidí aprovechar los lujos de aquella casa que no tenía a diario, desde el *jacuzzi* hasta la piscina. Empezaría por darme un baño de burbujas. Llené la bañera con agua caliente, eché bastante jabón líquido como decía un artículo de internet, una taza de miel y aceites esenciales; puse música y unas cuantas velas para relajarme. Después de una media hora de masajes burbujeantes y aromas exquisitos, antes de salir quise lavar mi cabello. No sabía que eso no se podía hacer en estos aparatos, lo descubrí cuando el motor empezó a pararse y emitir unos sonidos raros y al final se apagó. Me quería morir, arruiné el que seguro era el artefacto más caro de la casa.

Desde ese momento todo fue una pesadilla. Vacíe el agua, la miel quedó como un dulce pegado al blanco immaculado. Era sábado por la noche y no sabía a quién pedir ayuda. Se me ocurrió llamar a mi exnovio, él conocería alguien que arregle *jacuzzi*. Cuando le marqué, creyó que le llamaba para una reconciliación, le expliqué mi problema y aún no me creía. Aseguró que iría con unos amigos que sabían sobre el tema. Mientras pretendía limpiar el desastre, escuché los maullidos del gato afuera; estaba subido en un árbol del jardín, recordé que me exigieron que no lo dejara salir porque se podía perder. Semidesnuda, fui a buscar al animal y convencerlo de que bajara; no me hacía caso, incluso mostrándole su comida o algunos juguetes que encontré.

Cuando en una pirueta que me dejó las nalgas al aire, por fin lo atrapé, tocaron la puerta. Era Javier con cuatro hombres, tres mujeres y seis *packs* de cerveza. Intenté cerrar, pero su pie lo impidió. Me miró lujurioso y aseguró que dos de ellos iban a arreglar el problema y los demás tomaríamos algo en la piscina. Le creí, me fui a guardar al gato y a vestirme, después de mostrarles el baño principal. Al salir, encontré el doble de personas y la fiesta se había armado.

Llamé a Javier para hablar y exigirle que se llevara a toda esa gente de la casa, le dije que me metería en un gran problema. Adulador, con un beso profundo me convenció de que era el pago por arreglar el *jacuzzi*. Fui a ver cómo avanzaba eso y solo encontré un desastre: las toallas tiradas por todos lados, los hombres borrachos habían desarmado el aparato, haciendo un charco de lodo en el piso, y usaban los aceites, lociones y lo que encontraron en el lugar.

Era un caos y yo era la responsable; me podían meter a la cárcel por esto. No lo iba a tolerar más. Cuando estaba por

salir gritando y botarlos a escobazos, empezó a tocar mi canción favorita en todo el mundo. Javier me conocía bien. Solté la escoba, me puse a bailar y continuó la fiesta.

Al día siguiente, desperté con los maullidos del gato y un dolor de cabeza espantoso. Todos desaparecieron, dejando un desastre de botellas, basura y hasta vómitos. Por lo menos habían vuelto a armar el *jacuzzi*, pero no quise probarlo. En el tiempo restante me dediqué a limpiar. Pasé mi fin de semana como mucama de la casa y de compras para devolver lo que se tomaron esos extraños; por suerte no robaron nada.

Cuando regresó la familia, me pagó y me despidió con una sonrisa. Un par de horas después, recibí miles de llamadas. Tuve que cambiar de número de celular.

Ha vuelto
por Claudia Cáceres Franco

Han pasado más de trescientos sesentaicinco días. Sofía no tendría por qué reconocerlo; solo ha visto su rostro lampiño en una foto en blanco y negro, con las puntas desgastadas. Ernesto, en cambio, la ha imaginado cada día, hasta llegar al hoy. Al verlo aparecer en el umbral de la puerta, se libera de los brazos protectores de su madre. Dando sus primeros pasos, llega hasta Ernesto, quien se agacha para recibirla con las manos extendidas. Pero Sofía no deja que la toque. Tan solo le mira el rostro, ahora cubierto por una densa barba, rara, anaranjada como su propio cabello, que en la foto no encuentra. Su madre se acerca. Sofía le jala la barba con su manita chiquita, le pica. Tímidamente dice: ¿Papá? Ambos asienten con un leve movimiento de cabeza. Mamá responde que sí, es papá. Sofía sonríe por primera vez. Ellos cruzan una mirada, fingen sonreír, por el bien de la niña, quien, agarrando a sus padres de la mano, los aleja del pasado. Hoy, papá ha vuelto.

Vida de muñeca
por Gisela Elizabeth Pérez Mantari

«Ven aquí, muñeca», me dijo muy contento apenas cruzó la puerta. Odio que me diga así, me hace sentir un objeto más de esta casa; sin embargo, dibujo mi mejor sonrisa y me acerco para darle un beso. Él no me lo permite, me detiene y me toma de la mano, me hace girar, y me da una palmada en el trasero. Ponte guapa, mi amor, que hoy será una noche especial. Usa tu vestido negro, y apúrate que mis amigos no tardan en llegar y ya me han pagado por adelantado.

La sal de la vida
por Edelmira Castillo

Mientras coloco la sartén en el fuego con aceite de oliva extra virgen, recuerdo cómo fueron de ardientes nuestros primeros encuentros, chisporroteábamos igual que los ajos triturados que hay que dejar que se doren lentamente, como nos dorábamos nosotros en las playas de Mochima.

¡Qué días aquellos! ¿Te acuerdas cuando me untabas el aceite de coco, bajo las palmeras, mientras nos tomábamos unos traguitos? Empezábamos con unas cervecitas para entonarnos, decías, después unas piñas coladas, y ya curdos, abrazados, caminábamos tambaleantes hacia la habitación del hotel.

Agrego los camarones limpios, bien limpios, no como la primera vez que los serví con sus venitas negras y horrorizado, me dijiste que eso era mierda, pero igual te los comiste. Los condimento con pimienta y un poquito de vino blanco, la sal se la pondré después, y los revuelvo suavemente por dos minutos para que no se pongan chiclosos, hasta que se ponen rosaditos y, como en la receta de Sumito, cuando ya van a estar listos, pico chiquitico un manojo de perejil para el adorno.

Los pongo en un Tupperware, con unas cuñitas de limón y unas rebanadas de pan tostado, todo va en una cesta junto con el mantel, los cubiertos y un termo con piña colada, me termino de arreglar y salgo a tu encuentro.

Extiendo el mantel sobre la grama, le doy un sorbo a la piña colada y con Brasso pulo las letras de la placa con tu nombre, que recién instalaron ayer. Espero que te guste el epitafio que te escogí; aún sigo enfadada contigo, no entiendo por qué no te despediste de mi esa mañana, no tienes excusa, y no, no te perdono, no sé si algún día lo haré. Los cuidadores del cementerio pensarán que estoy loca; me observan mientras me como estos camarones al ajillo que mis lágrimas terminan de salar.

NN

por Mary Herrera Navarro

Apenas empezaba a mudar los dientes. Diminuto cuerpo, para su cuerpo adulto. Empezó a vomitar gritos, luego dientes por los golpes que él le daba para silenciarla. Su piel expulsaba sudor helado, piel amarilla del susto y miedo. Nada de eso importó.

Muñeca humana, juguete de otro humano. Y yo, muñeca plástica, sin poder hacer nada. Ella no me soltó, apretó mi cabello, me utilizó de arma para golpear su cara. Con la respiración intermitente, jadeando, con apenas fuerzas mordió su sexo, ante tal atrevimiento él enfureció, y golpeó y golpeó su cuerpo diminuto hasta que su pecho, tetitas incipientes, garganta atravesada, dejó de respirar.

He dejado de contar los años. En esta casa, las plantas florecen, mueren y vuelven a florecer. Hasta ahora nadie escarba más allá de la raíz corta de una planta de jardín. Algunas veces he sentido tan cerca, tan cerca las voces de los inquilinos, pero se detienen. ¡Maldita sea, se detienen!

La humedad ha ido desapareciendo su cuerpo. ¡Solo deben arrancar mi cabeza de muñeca! Tengo el nombre de una niña NN entre mi boca dura. Un diente, su primer diente que ella guardó para el ratón, ahora lo guardo yo.

Flotamos
por Sara Pizarro Romero

A pesar de las advertencias de mi profesora, permanecí escondida en el aula. No me podía mover por el miedo, al igual que mis demás compañeras de clase. Temblaba y no dejaba de sudar.

Los hombres entraron de improviso, y con gritos e insultos nos hicieron dispersar sin un patrón claro de escape. Un fuerte estrépito como varias pequeñas y potentes explosiones ocurrieron detrás de nosotras cuando llegamos a la puerta de salida.

Corrimos al bosque, como nos indicó la maestra para escondernos de los hombres malos que entraron en la escuela. Corrí mucho y llegué hasta este claro. Me adentré un poco más y fue cuando los vi.

Seguía sigilosamente al grupo. La risa de esas niñas traviesas se mezclaba con el sonido casi ausente del oscuro lugar, haciéndolo menos tenebroso. Las carcajadas eran contagiosas. Iba a reírme con ellas, hasta que el aullido de un lobo rompió la algarabía. Aunque sonaba lejano, sentí mucho miedo, al igual que mis pequeñas acompañantes. Pero ¿cómo llegamos cuatro pequeñas a un lugar tan peligroso?

Los aullidos se acercaban y las risas se transformaron en llantos. Sollozos que obedecían más a la incertidumbre que al miedo.

Caminamos un pequeño tramo más. Nuestra seguridad se sentía amenazada, no sabíamos si por los lobos o por la ausencia de alguna explicación. Angustia era lo que se sentía, a pesar de lo calmado del contexto circundante.

Llegamos al final de la arboleda, pero mis acompañantes no tenían intención de detenerse y me preocupé. Estaban demasiado cerca del abismo.

—¡Tengan cuidado! —grité con todas mis fuerzas, pero parecían no escucharme.

Corrí hasta llegar a ellas, pero todo fue en vano. Dieron el paso a la muerte, hacia la caída libre. Sin embargo, no cayeron. Sus cuerpos empezaron a brillar con un fulgor dorado, mientras seguían riendo y conversando como si nada extraño pasara. Flotaban en el aire y empezaban a subir al cielo. En pleno ascenso, ellas voltearon, me miraron sonriendo y con sus manos me hicieron señas para que las siguiera.

—¿Yo? Pero ¿cómo...?

Y de pronto pude verme. Mi cuerpo centelleaba como ellas. Temerosa, di el paso y floté. Éramos iguales. Entonces lo supe.

Volé y juntas nos dirigimos al cielo.

Nunca pude salir de la escuela y mi vida en este mundo había terminado.

Su lugar
por Arasny Castillo

Ya de regreso en casa, después de dos días de trámites y firma de papeles, voy directo a su cuarto. La cama sigue igual de desordenada como siempre, nunca encontré la manera de que la tendiera. Recuerdo que siempre me decía: «Hermana, para qué tenderla, si a la noche la usaré de nuevo», con su tono jocoso y esa mirada que enamoraba a todos. Tomo su almohada y su olor a Paco Rabanne sigue allí. Mis lágrimas caen sin poder controlarlas, mi corazón late fuertemente, sin él mi vida ya no tiene sentido. Entra mi esposo y, al verme tan desesperada, me dice: «Julia, deja el drama, tu hermano solo se casó».

Panceta y papas al horno rellenas de queso **(receta para uno)**

por Rebeca Guerrero Pardo

Para las mejores recetas, los mejores ingredientes. Por esta razón, asegúrate de que la panceta sea fresca y suave.

¿Recuerdas que la enfermera nos aseguró que, con la faja, al finalizar el primer mes, ya no se notaría? Han pasado siete años y sigo esperando que regrese a su estado original.

En un recipiente mezclaremos los ingredientes para el aderezo: canela china, pimienta, azúcar, sal y aceite de oliva. Usaremos una brocha para bañar muy bien el cerdo. Luego la carne se marina por una hora.

A veces, cuando estoy de perfil, puedo pasar mucho tiempo acariciándola, y me confundo, ¡hasta le hablo! He llegado a encariñarme con ella.

Precalear el horno a ciento ochenta grados centígrados.

No puedo negar que he sentido pudor muchas veces al verla desnuda, asomando tímidamente sus franjas translúcidas bajo mi blusa.

Para un kilo de panceta se recomienda un acompañamiento de cuatro papas, de preferencia amarillas porque son más gustosas.

Y es que tiene algo de gusto en verdad porque todo hace juego, todo es uniforme. Antes, cuando sus curvas eran más difusas y escasas, mis manos se deslizaban rápida y furtivamente

por encima de ella, y por encima de todo lo demás. Ahora, el viaje se hace sinuoso y fascinante.

Para el relleno de las papas usaremos finas hierbas, aceite de oliva y queso parmesano rallado en cantidades generosas.

No puedo negar que me he sentido diferente porque aun siendo punto de mofas y de burlas, me he sorprendido a mí misma amando y defendiendo con genuina complacencia mi generosa voluptuosidad.

Con el horno caliente, colocamos el cerdo en una bandeja y agregamos media taza de agua, ingresamos la bandeja y lo dejamos cocer por una hora.

Cómo no amar la evidencia más hermosa del espacio calentito que ocupó en mí el ser más esperado de mi vida. Cómo no amar la medialuna sobre la que reposaron tantas veces los besos de mi compañero.

Al término de la cocción, pasada la primera hora, dar vuelta a la carne para que pueda dorarse completamente y agregar un poco de agua.

En otra bandeja, tener listas las papas amarillas cubiertas de aceite de oliva, pimienta y sal, envueltas en papel aluminio.

El horno para las papas también debe ser precalentado a ciento ochenta grados, pero el tiempo de cocción es menor. Para esto, cuarenta minutos serán suficientes.

Al terminar la segunda hora de la carne en el horno, podemos retirarla. La fragancia de la tocineta, apetitosa y rompedieta, anunciará el éxito de esta receta.

Lo acepto, soy feliz como estoy, desde la punta de mis pies pequeños, pasando por mis caderas abundantes, hasta mi suave y curvilínea panceta y desde esta, siguiendo la ruta que llega a mis senos, hasta el remolino que ha formado mi

cabello en mis dedos, de tanta música en versos escritos y cantados.

Esta es una receta para uno. El «acompañamiento» viene listo de otra receta.

Sacaremos las papas del horno, haremos un corte en cruz en el centro, agregaremos las finas hierbas y el queso, y serviremos. Escogeremos nuestra más linda vajilla, de la calada, como nos gusta, para servir la panceta envuelta en sus jugos. Esperaremos a que llegue el vino. Hace mucho pasó a ser algo más que una bebida. Hace mucho que llega con el «acompañamiento», en medio de besos y caricias.

Desencuentro

por Carmen Cecilia Sacsa Fernández

«Todas mis mañanas amanecen arropadas con tu atardecer
Tú te duermes en mi hoy, yo despierto en tu ayer
Cuando tengo que bajar, te dan ganas de subir
Yo quiero llegar, cuando tú te quieres ir».

RESIDENTE

Hoy mientras tomaba la siesta en mi ventana favorita, sentí el motor de una moto deteniéndose en la casa de enfrente. Lo que me causó extrañeza, ya que a esa casa no suele llegar casi nadie, nunca. Solo entra y sale de ella su dueña. Una mujer mayor, de pelo blanco y largo, que siempre lo lleva o atado en una cola de caballo o trenzado. La veo cuando remoloneo luego de mi siesta o cuando salgo en cualquier momento del día a tomar aire al balcón. Todos los martes, jueves y sábados riega las plantas de su pequeño, pero bien cuidado jardín. Las trata con un cariño inmenso. Las toca con delicadeza y acerca muchas veces su rostro a las que tienen flores. Parece rejuvenecer un poco cuando lo hace. Muchas veces sentí curiosidad por saber a qué huelen sus flores que surten ese efecto. Hace poco me colé en su jardín y olfateé. Tiene rosas, jazmines y azucenas fragantes, y algunas hortensias de color pastel. También tiene farolillos que son muy monos y heliotropos que desprenden un olor como a vainilla o miel. Me mareé de tantas fragancias juntas, lo confieso, y me miré en el agua de la pequeña fuente que tiene el jardín: a mí no me rejuvenecen, pero ni falta que me hace.

Cuando abre las persianas de la ventana de su salón siempre está sola, leyendo, tejiendo o contemplando un álbum de fotos, que muchas veces abraza contra su pecho que parece agitarse y alguna que otra ha lanzado contra la mesa.

Pero hoy ha llegado alguien a interrumpir su soledad. De esa moto ha bajado un hombre mayor. Al quitarse el casco, me ha dejado ver su cabello plateado y ha mostrado una ligera cojera en la pierna izquierda. Ha tocado la puerta con insistencia.

Ella abrió extrañada y solo mis pupilas rasgadas me permitieron ver que se estremeció toda. Después de unos minutos dio la vuelta y entró en la casa, dejando pasar al hombre. A mi favor, las persianas están abiertas, como todos los miércoles por la mañana.

Han llegado los dos al centro de la sala y están parados uno frente al otro. Él le habla tendiendo la mano hacia su hombro izquierdo, ella lo esquiva con el cuerpo, pero no con la mirada. Me erizo todo al pensar qué le dijo él para recibir tamaño bofetón. Él soporta el golpe, y aprovecha en tomar su mano y sostenerla entre las suyas. La lleva hacia sus labios y ella tira con fuerza para retirarla. Él parece suplicarle y ella le da la espalda. Lo que él aprovecha para acercarse tiernamente y abrazarla por detrás. Ella se libera bruscamente y lleva su mano al pecho. Tira de un hilo rojo y veo un anillo entre sus dedos. Se asoma a la ventana y lo lanza con fuerza hacia donde está la moto, a la que mira con desprecio. El hombre hace un último intento de tocarla antes de que ella le abra la puerta y le señale la salida.

Él abandona la casa, cabizbajo, y va hacia su moto, donde había dejado un ramo de rosas, jazmines y azucenas, que mira con nostalgia antes de dejarlo en el jardín, mientras recoge el anillo.

Ella ha cerrado la persiana y me ha excluido de su escena final. Él ha subido a la moto y encendiendo el motor, ha cogido un hilo rojo que lleva al cuello. Me parece ver brillar un anillo colgado de él. Le ha anudado el que acaba de recoger en el jardín. Se ha colocado el casco y ha marchado hacia el sur.

La imagino en su sala celeste, sentada en el sofá, hundida en su despecho. Rompiendo las fotografías del álbum que la he visto atesorar. Aguzo la vista, pero no puedo ver nada a través de las persianas.

Yo no me hubiera resistido al abrazo del que ella huyó. Seguramente, me habría rendido sobando mi cabeza contra su pecho y hubiera ronroneado en todas las frecuencias posibles, pero los humanos son muy complicados. Por cierto, ahí viene la mía, con mi paté de salmón. Ya era hora.

Mala hora
por Katy Rosell Carrión

«No olvides mi rostro», se repetía en los sueños extraños que tuve durante los últimos dos meses. Siempre me hablaba un hombre y su voz me recordaba a la muerte. Estaba segura de que lo había escuchado, pero no recordaba dónde. Me levanté de la cama, miré el reloj, marcaba las tres de la madrugada. Mi mente evocó las creencias de mis amigos. Dicen que las tres es conocida como «la mala hora», el momento exacto en que las almas salen a atormentar a los vivos, pero yo no creía en eso.

Salí apresurada de la habitación a buscar un vaso de agua. Me dirigí hacia la cocina, prendí la luz, di un vistazo a la mesa y me percaté de que había una taza humeante. Sobresaltada, me acerqué, pero no me atreví a agarrarla. Me paralicé por algunos segundos, agucé el oído, pero no escuché nada extraño. Pensé en la pequeña oficina a la entrada del departamento, era el único lugar donde alguien podría esconderse. Caminé y me pegué a la puerta a escuchar. Silencio.

Un ruido en mi habitación me sobresaltó, corrí, pero no encontré a nadie. Respiré profundamente y aunque aún sentía un escalofrío en la espalda, no quise seguir andando por el departamento. Me encerré en el cuarto y volví a acostarme.

«No olvides mi rostro». Volví a soñar lo mismo la siguiente noche, una voz que resonaba en el cerebro y me escarape-

laba el cuerpo. Me senté al borde de la cama, miré el reloj: tres de la madrugada. Sentí la garganta seca. Me levanté y vi un par de pantuflas de unicornio que no eran mías. Corrí a prender la luz. Toda mi habitación había cambiado, mi ropa no estaba, tampoco mis zapatos ni mis fotos. Salí del cuarto con náuseas y confundida. El televisor de la sala estaba prendido. Al acercarme al sofá, vi a una mujer menuda sentada y dormitando. Grité con todas mis fuerzas, pero no despertó, las luces empezaron a parpadear y la señal de televisión falló. La mujer despertó y apagó el aparato, yo le empecé a gritar que se fuera, que llamaría a la Policía, pero ella solo miró su reloj y dijo: «La mala hora de nuevo. ¡Tranquilízate, inquilina!». La ignoré y quise agarrarla del brazo para arrastrarla hasta la puerta, pero mi movimiento solo causó una pequeña brisa. No pude tocarla, la traspasé. La cabeza me dio vueltas y las piernas me temblaron. Miré hacia la mesa del comedor, unas pequeñas manchas rosadas aún se veían en la alfombra. Como un remolino, los recuerdos se agolparon en mi cabeza, una madrugada, ladrones, me defendí, me golpearon, violaron y asesinaron encima de esa alfombra. Las últimas palabras que escuché fueron: «No olvides mi rostro».

La gran construcción
por Julia Concepción Lalupú Miranda

—‘Tamos pa’ la tumba —gruñó doña Micaela del Pilar a don Sebastián, cuando este le sugirió que lleve los papeles de su vieja casa, hecha a base de carrizo seco, al municipio para intentar conseguir uno de esos bonos para construcción.

—Ya no, don. Nosotros ‘tamos pa’ que construyan nuestro mausoleo, y esto es, si alcanzará.

Doña Micaela era una de esas mujeres que había dejado la esperanza en el mismo lugar donde dejó sus libros y lápices. Comenzó a trabajar desde los ocho años, haciendo mandados a los vecinos o cuidando ñaños. Tuvo dos hijos, ambos se acompañaron antes de cumplir la mayoría edad. Uno vivía a cinco casas de su choza y del otro no sabía nada desde que lo denunciaron por manutención. Hablar de su esposo está de más; doña Micaela ya ni su nombre recordaba.

De pie frente a la gran construcción suspiró y sintió envidia. La envidia le hacía apretar la mandíbula y abrir la boca por miedo a que se le caigan los pocos dientes que aún le quedaban.

—Yo trabajé con la mamá de la dueña de esta casota, ay, pero que buena era la señora, me daba ropita casi sin uso y muchas cosas que servían, hasta ahorita tengo el catre que me dio.

Don Sebastián la escuchaba sin quitar la vista de la construcción. Sus ojos querían agarrar cada imagen y guardarla

para siempre en su memoria. Hacía más de una hora que estaba ahí, parado con las manos atrás sin moverse de la esquina de la calle San Francisco hasta que doña Micaela lo encontró y se unió a él.

—La Meche me dijo que la dueña es mala, la acusó de ladrona, que porque se le habían perdido veinte soles le echó la culpa y la corrió, después la fue a ver en su carro para que le trabaje de nuevo, pero no duró ni una semana porque le pagaba bien poquito —murmuraba el viejo Sebastián.

De él se sabía que vivía solo y para ganarse la vida se dedicaba a cargar cualquier cosa cargable en su oxidada carreta. Los vecinos le daban esas tareas por lástima; el viejo lo sabía perfectamente, sabía que eso producía en la gente y los odiaba, pero nunca se negó a realizar lo que le pedían. A su edad no se podía dar esos lujos, la necesidad aumenta a medida que envejeces.

Los dos miraban la gran construcción con la boca abierta, veían admirados los movimientos sincronizados de los obreros, iban y venían, subían y bajaban. El ruido dejó de ser molesto para los vecinos, ahora era casi natural, llevaban casi un mes conviviendo con eso. Además, contaban los días para ver terminada la gran obra, saber cómo quedaría esa casa, después de haberla visto como un polvoriento terreno abandonado.

A unos metros más allá, dos viejos amigos se reunían para conversar, ya era una costumbre cada encuentro desde que los obreros empezaron a trabajar el terrero con picos y palanas.

—Dicen que lo compraron por cincuenta mil soles —aseguró don Bernardo, conocido por todos sus amigos como «el profe», también vecino de la calle San Francisco.

Desde su ventana observaba todos los días, desde que comenzó la construcción, el vaivén de los obreros. Y todos los días Peralta lo visitaba a la misma hora.

—Pero lo habrá comprado la mujer porque el marido trabaja en esa notaría del Centro, ayudando al abogado Miranda, ahí gana poquito —replicó Peralta que buscaba toda la información relacionada con la gran construcción desde que supo quiénes eran los dueños. Y es que el dueño era hijo del patrón de su papá en la chacra, creyó que era suficiente para trabajar en la gran construcción, pero no lo permitieron, desde ese momento guardó rencor.

El profe guardaba en su corazón aquella esperanza que caracteriza a las personas que viven el día a día, esa que te dice que debes dar educación a tus hijos porque de ellos depende tu futuro de viejo, y si no pudiste lograr lo que una vez soñaste, tus muchachos lo harán.

—Oye, Peralta, también mis hijos me han dicho que van a construir nuestra casa. Mi hija la mayor dice que sacará un préstamo grande —indicó el profe, sin quitar la vista de la gran construcción, tal vez sus ojos se humedecieron porque los cerró y evitó cruzar la vista con Peralta.

Los churres corrían por los alrededores de la gran construcción, miraban hasta donde podían levantar sus cabezas y es que ya llevaban tres pisos. Era seguro que esa casa sería la más lujosa de todo el barrio.

—¡Churre, ven! ¿Quieres que te caiga un ladrillo en la cabeza? Ándate para la casa.

Doña Micaela agarró el bolsón que dejó en suelo cuando empezó a conversar con don Sebastián, se lo puso en la cabeza, luego lo miró y le dijo:

—Ya me voy, voy a poner mi arroz, al rato le paso algo, don.

El viejo no contestó, seguía ensimismado en la construcción. El churre alcanzó a su abuela y la agarró del vestido.

—Mamá Micaela, ¿cuándo la van a terminar?

La vieja Mica sonrió y respiró profundo mientras llevaba el pesado bolsón, tardó dos segundos en encontrar la respuesta adecuada.

—Me muero yo primera y seguro que todavía no la terminan.

Calixta
por Margot Orozco Delgado

Amaba tanto a Calixta porque había sido el regalo que papi me había hecho en mi quinto cumpleaños. Me encantaba que fuera pelirroja y tuviese los ojos más verdes que haya visto jamás, el contraste de su cabellera con sus pupilas me dejaba muchas veces embobada contemplándola. Además, parecía una niña de verdad y no una bebe como el resto de muñecas que mami me había regalado hasta ese entonces. Calixta se distinguía de las otras, todas ellas rubias, morenas, calvas rechonchas, un poquito sin gracia, a decir verdad. Ninguna se la comparaba, con aquel cabello de incendio que tanto gustaba trenzar. Pero la amaba, sobre todo porque después de tantas historias que mami me había contado de los viajes de papi, al fin pude conocerlo. Llegó un día sin previo aviso, era más gordo de lo que mami me había contado, llevaba un abrigo largo que cubría su panza, y casi no tenía cabello. Al principio, me tomó por sorpresa encontrar a ese hombre sentado en la sala de casa, cuando llegué de la escuela. Papi abrió sus enormes brazos de oso y me pidió que lo abrazara, mami se me acercó por detrás y me ordenó susurrándome, dale un abrazo, es tu papá. Automáticamente y sin mucha convicción me acerqué y recibí su abrazo apretado, esa fue la primera vez que vi sus ojos verdes, así como los de mi Calixta. Papi la había traído esa primera vez como regalo de cumpleaños,

aunque de este ya había pasado más de un mes. Me contó que compró a Calixta en uno de sus viajes, en un país llamado Escocia, donde todas las niñas eran igual de pelirrojas que mi muñeca. Pasó toda la tarde contándome de sus travesías, historias de países imposibles, de gente tan extraña que me parecían salidos de un cuento. Aunque mamá reía, pude darme cuenta de que hubo un momento en que le cayó una lágrima a la falda, se la limpió rápidamente y trajo los bizcochitos de crema que tanto me gustaban. Adoré a mi papá, aunque no era como el príncipe que mami me había descrito, con él era imposible no reír.

Pero papi no podía venir a diario, me dijo que su trabajo de detective secreto no se lo permitía. Cada vez que llegaba era un acontecimiento para mí, desde temprano mami me preparaba, me ponía incluso sus ruleros, para que mis bucles se armaran. Yo siempre lo recibía muy contenta, de la mano de Calixta, que desde que papi me la regaló llevaba a todos lados. Él en cada visita me traía chocolates, gomitas dulces, galletas rellenas, caramelos de extrañas formas, cada día un dulce nuevo. Había pasado algunos meses desde su primera visita, cuando decidieron que debía irme a dormir aun cuando no tenía sueño. Me dijeron que debía ser buena niña, como lo era mi muñeca, que debía obedecer, pues papi y mami debían hablar cosas de grandes. Refunfuñando me retiraba a mi habitación, aunque siempre para alegrarme papi, al despedirme, me ponía un dulce en la mano sin que mami se diera cuenta. Es nuestro secreto, me decía al oído.

Al día siguiente papi ya no estaba, pero desde aquella primera vez que me mandaron a dormir, mami por las mañanas se empezó a comportar rara. Parecía molesta, me regañaba por todo, me mandaba a guardar a Calixta, no le gustaba que

la sentara en una de las sillas al lado mío. Una vez la escuché decir, muñeca estúpida. Entonces cogí a Calixta y nunca más la dejé sola con mami. Y papi seguía la rutina de visitas, a medida que pasaba el tiempo, cada vez me mandaban a mi habitación más temprano. Una vez escuché que alguien se acercaba a mi puerta, pero no me levanté, pues mami me había dicho que las niñas bien portadas debían siempre obedecer y yo no quería hacer enojar a mami.

Pasaron las semanas, los meses y mami cada vez se veía más demacrada, empezó a usar vestidos que le cubrían todo el cuerpo, amanecía con los ojos hinchados y en cierta ocasión incluso me pareció ver una marca roja en su cuello. Ella me dijo que estaba enferma y que no preguntara más. Casi todo me lo decía a los gritos, ya nada de lo que hacía le parecía bien. Una vez quise sorprenderla dándole un beso en la mejilla mientras veía la televisión, pero me apartó de un manotazo. Salí corriendo y me encerré en mi cuarto, me tiré en la cama abrazando a mi Calixta, deseando que papi viniera y me llevara con él, pues solo cuando él estaba era feliz.

Una noche papi apareció más tarde de lo acostumbrado, mami no estaba, había salido a comprar la merienda. Le abrí y me abalancé y abracé sus piernas, papi parecía alterado, nervioso tal vez. Me alejó de él, aunque no con brusquedad. Preguntó por mami, le dije que ya volvía, que había ido a comprar. No dejó que me sentara en su regazo, que hasta ese momento había sido nuestra costumbre. Cuando vi sus ojos verdes flotando en un mar rojo, me asusté, le pregunté si pasaba algo, él me contestó con su boca que no, pero su cabeza se movía de arriba a abajo. Me pidió que, cuando viniera mamá, me fuera a mi habitación, que había algo urgente de gente grande que debía hablar con mamá. Que mañana él

regresaría con otra muñeca, hermana de Calixta, para obsequiármela, pero que por esta vez debía ser buena y obediente.

Pasaron pocos minutos, cuando mami apareció con la bolsa de bollos en sus manos, fue ver a papi y caérsele esta al suelo. Papi con una mirada ordenó que me fuera. Cogí a Calixta y entré en mi habitación. No sé cómo, pero esa noche me quedé dormida sin haber merendado, con la ropa puesta y con Calixta a mi lado. Cuando desperté a la mañana, Calixta ya no estaba ahí, miré debajo de la cama, y la encontré, durante la noche se había caído. Cuando la levanté, vi que su carita tenía muchas rajaduras, uno de sus ojos verdes se había salido de su cuenca, y de sus labios corría un hilillo como de líquido rojo. Algo en su caída se había roto. Me puse mis pantuflas, la cargué como si fuera una bebe herida. Salí de mi habitación llorosa, mami no se había levantado aún, normalmente ella ya estaba en pie preparando el desayuno cuando yo me levantaba. La busqué en la cocina, en el baño, en el salón, en el jardín; no estaba. Llegué a la puerta de su habitación, la toqué sin mucha fuerza, y le dije con la voz al borde del llanto: mami, Calixta está enferma. Lo repetí varias veces, no hubo respuesta.

Giré el pomo de la puerta, esta se abrió pesadamente. Cuando apareció delante de mí aquella escena, dejé caer a Calixta y terminó de hacerse añicos.

Ellas escriben
(exploran, imaginan, se atreven)
se publicó digitalmente
en noviembre de 2021
por encargo de la
Gerencia de Comunicaciones
y Gestión Cultural
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

Petroperú, en su constante compromiso con el desarrollo cultural y artístico del país, dio un paso importante: abrió un espacio para acoger la propuesta del laboratorio de narrativa Ellas Escriben, que tuvo oportunidad de llevar adelante durante marzo con un primer grupo y en septiembre con un segundo grupo. Un taller totalmente práctico en el que buscamos ofrecer a ciento tres mujeres peruanas y extranjeras un lugar para explorar su propia escritura, un espacio de diálogo estimulante, seguro y creativo, para incentivar la escritura y reforzar la confianza en las capacidades y los proyectos propios. **(Kathy Serrano)**

